DEPORTE. El mejor gimnasio al aire libre de Madrid es El Retiro, paraíso de la vida activa. Por sus jardines entrenan deportistas como Emilio Butragueño, cantantes como Dani Martín y modelos como Nieves Álvarez. **PÁGINA 4**

5 DE DICIEMBRE DE 2021

GRAN MADRID

EL ARTE DE LA TERTULIA

25 años después de su primera edición, José Esteban publica una nueva versión de un clásico donde descubre los secretos de este templo de la cultura y el canalleo cañí

EL GIJÓN, MUCHO MÁS QUE UN CAFÉ

MANUEL LLORENTE

ILUSTRACIONES DE JAVIER DE JUAN

CRÓNICA CASTIZA FUNDADO EN 1888

'PEGAR LA HEBRA' O EL ARTE DE CASI TODO

El último siglo de Madrid no se entendería sin el Café Gijón. Bombas, conspiraciones, peleas y mil chascarrillos moldean la historia de este lugar inclasificable que resiste al paso del tiempo

MANUEL LLORENTE MADRID

Sentarse a una de las mesas de mármol del Café Gijón y mirar por esos enormes ventanales como de tren a vapor es un modo de estar en el mundo. Se contempla el ajetreo de la calle con cierto desapego, como si la vida no fuera contigo. Durante un rato se atiende a quién entra, se mira a las parejas sentadas en divanes de terciopelo, qué lleva o deja de llevar el camarero en la bandeja, siempre con una impecable chaqueta blanca y cierta distinción en la hombrera.

El Gijón es y no es el de siempre. Abruma un poco si se sabe que por allí sableaba sin desmayo el pícaro Perico Beltrán, que acudían Cela antes del Nobel, el fino poeta Manuel Álvarez Ortega, Umbral recién llegado de Valladolid... Y gente de a pie que se acercaba a ver si caía algo, a pasar la mañana con sólo un café con leche, que había que tener arte.

El que llegaba de provincias dejaba la maleta de madera en la pensión, se atusaba el pelo delante de un espejo de media luna, se estiraba la chaqueta, se ajustaba la corbata y al Gijón, a ver si veía algún famoso. Ava Gardner solía caer por allí, Orson Welles no llegó a entrar, miró desde la puerta y siguió adelante. Y parece ser que Truman Capote se acercó a la barra por si hacía migas con algún muchacho. Era cuando aún había un limpiabotas y un mozo para los recados.

Esto y mucho más lo cuenta José Esteban, Pepe Esteban, en *Café Gijón*, una crónica (o novela corta o vaya usted a saber qué) que el sello Reino de Cordelia ha rescatado a los 25 años de su primera edición, la que le presentaron allí mismo Manuel Vicent y Raúl del Pozo. El libro de ahora, repleto de dibujos del fino y taurino Javier de Juan, incluye algunos cabreos de quienes salieron en la primera versión y que pusieron a caldo (encima de que les sacaba) a Pepe Esteban.

Pepe Esteban, narizota roja y flequillo, vino a estudiar Derecho para ser notario desde Sigüenza, entró en el Gijón a finales de los 50 y hasta hoy. Sí que acabó la carrera pero nunca ejerció. Se enredó o le enredaron como editor (fundó Turner), escribió libros como el castizo *Breviario del cocido* y ha sido parte del decorado. Al principio desde la barra y solo mirando. «En aquellos años estaban los de la Juventud Creadora, Cela, García Nieto, Rafael Montesinos... y en la Tertulia de los poetas, Gerardo Diego, tan silencioso. Luego estaban los pintores, como Caneja, Cristino Mallo, Luis el Estudiante, que era torero y también dibujaba... Cristino Mallo llegaba todas las mañanas a la misma hora, pedía un café y miraba las esquelas en el periódico y me decía: 'Pepe, ocho que ya no fuman'. Un día llegó Buero Vallejo, que como también era de Guadalajara, pues hablamos, y le conté que quería escribir y todo eso. Poco a poco empecé a hacerme amigo de todos, de Pepe Díaz, de Cela». Hasta que le hicieron un hueco en una tertulia que frecuentaba Sánchez Dragó, «que todavía viene algunos lunes».

Este día frío de otoño no abrirán el café hasta la una, así que la concurrencia se agrupa en la terraza acristalada del Paseo de Recoletos, casi donde las casetas de la Feria del Libro y Ocasión. Menú de hoy (13,50 euros), primer plato: consomé, sopa de cocido, garbanzos con tomate, repollo con patatas... Segundo: cocido completo, bacalao a la vasca, secreto ibérico... Postre o café. Pero, ojo a la nota final: «Tiempo máximo de permanencia en comidas. 1 hora». Se ve que tienen la lección aprendida.

– Un breve cuestionario, Pepe. ¿Quién era, o es, el más pícaro?

– Perico Beltrán.

– El más divertido.

– Pepe Díaz.

– El más inteligente.

– Manolito Vicent.

– El de mayor talento.

– Carlos Álvarez.

– El más bohemio.

– Yo.

– El más dandy.

– Umbral, falsamente dandy.

– El más ligón.

– Manolito *el Guapo*, que encima de quitarles las chicas les quitaba la pasta jugando.

–El más aburrido.

– Ramón de Garciasol. En el café se decía: 'Lloviendo y Garciasol, es para cagarse en Dios'. Otros le llamaban 'el rollo que no cesa'.

– El más golfo.

– Podría ser Raúl del Pozo.

– El más fino.

– Ninguno. No había figuritas. No ha sido un sitio de gente fina sino de gente bohemia, talentosa, absurda. Manolo *el Guapo* se llevaba a todas. La más puta era Sandra.

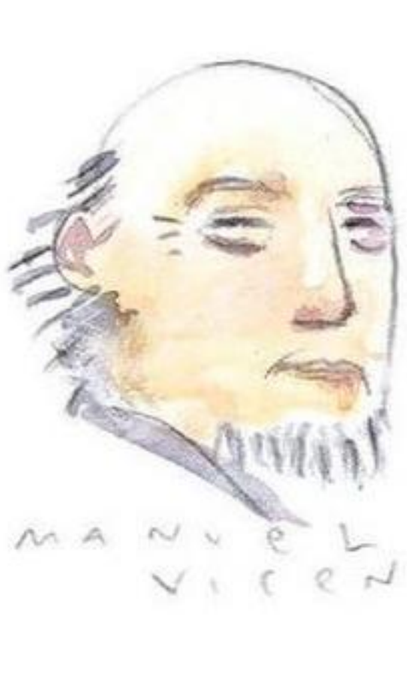
– ¿Eso que cuenta en el libro de ella es verdad, que decía que era puta?

– Totalmente, yo soy testigo.

– ¿Era puta?

– Se acostaba con quien quería. Decía que era hija de Negrín [presidente del Gobierno durante la Segunda República] y amante de Pablo Neruda. Estuvo liada con Manolo Viola, el pintor, muchos años. Una vez le metió tal botellazo que le hizo sangre por celos o no sé qué.

No hay que olvidarse de lo de la bomba. «Una tarde apareció un tipo con una botella pequeña, como de butano, gritando: "¡Os voy a martirizar, os voy a martirizar! ¡La inmortalidad!"». En el libro se cuenta que fue el 10 de febrero de 1984 y que «la conmoción fue total. Mientras los camareros trataban de reducir al loco de la gasolina, los contertulios emprendieron la más veloz de las huidas, lanzándose incluso de cabeza por los ventanales y rodando cual pelotas por la acera de los impares del Paseo de Recoletos». También se habla de un atraco: disparo al techo y se llevaron el dinero de la caja.



Pepe Esteban, ya imparable, relata ahora cuando llegaron «los ultras a cantar el *Cara al sol*. Yo no estaba. Pero a todos les pusieron en pie. A Oliver [el pub de detrás, en la calle Conde Xiquena, que fundó Adolfo Marsillach] también fueron y uno dijo "yo no me la sé". Venían provocadores». Seguramente del Roma, que estaba en Serrano esquina a Ayala.

Decía Galdós que el madrileño es el hombre más hablador del mundo, según Pepe Esteban. «Y yo lo mantengo. Había gente que se podía pasar horas y horas. Para mí el café era como una universidad. Yo lo que sé lo he aprendido aquí, de poesía con los poetas, de arte con los pintores». A eso se iba al Gijón. Y a estar.

Ahora ya no hay tertulias, dice Esteban, pero sigue viniendo todos los lunes a comer, con Juancho Armas Marcelo, con Jorge Edwards, «que tiene ya *noventaitantos*», con un venezolano «que se llama Chirinos», con el crítico Juan Ángel Juristo. ¿Y Marcos Barnatán? «No, ya no». El que tampoco va mucho es Pepe Lucas, el pintor. Gracia e ingenio a raudales. Era de los que sostenía la tarde.

Otra anécdota, la de González-Ruano. Se decía, y se cuenta en este libro, que el articulista se llamaba a sí mismo por teléfono al café «para que la gente se fuera acostumbrando a su nombre. "¡Don César Gónzález-Ruano!", gritaba el cerillero de turno». Otros cuentan la misma historia pero situándola en el Palace. Pepe Esteban dice que llegó «a conocerlo y a odiarlo, con aquel bigotito de fascista. Yo le conocía mucho porque además veraneó en Sigüenza y me encargaba de él. Allí dejó a deber a todo el mundo. A las perdices las llamaba Espíritu Santo. Decía "¿comemos unos Espíritus Santos?"».

Los camareros eran en los cafés más importantes que en otros locales. Llegaban a invitar a cenas a los escritores a los que no les llegaba. «Y les guardaban los folios. Zorrilla escribió su *Juan Tenorio* en un café», sigue diciendo sin aliento Pepe Esteban, y eso que hoy no hablamos de los bohemios de comienzos de siglo. «La mayoría eran simpatiquísimos, por ejemplo Pepe Bárcena. Y Luis. El más famoso fue Manolo Luna». Sería injusto no mencionar a Onofre. Pero el referente ha sido Pepe Bárcena, siempre estaba allí. Desde el 74, parece. Así que cómo no iba a publicar *Aquellos bohemios del Café Gijón*. Javier Villán también publicó su libro, *Madrid canalla. Historias intelectuales y golfas del Café Gijón*. Y Marcos Ordóñez, *Ronda del Gijón*.

En el libro también se cuenta cuando Cela arreó un sopapo a Jesús Juan Garcés. El *Abc* publicó una lista de donantes para una suscripción patriótica con los nombres de los personajes conocidos y con la cantidad aportada por cada uno, de 500, 200 y 200 pesetas, y apareció el nombre de Cela con la escuálida contribución de 50 céntimos, lo que motivó la rechifla en el café. Llegó a oídos de Cela el cachondeo y este prometió darle respuesta: el poeta y marino acabó en el suelo.

«Más que golfos, en el Gijón había borrachos», aclara Pepe Esteban. Y afina en el libro: «Las borracheras las produce la vanidad más que el alcohol». Y de viva voz se reafirma: «Había mucha vanidad, pero algunos se pasaban».

Los golfos iban a cenar al Comunista, el restaurante tan peculiar de la calle Augusto Figueroa. «Está igual. Y muy cerca del Bierzo, otro restaurante». Al Comunista «se iba a comer lentejas y unos buenos chuletones porque estaba cerca del mercado de San Antonio». Y luego se pasaban por el Oliver.

En el Gijón, en el Gran Café de Gijón, además de ir a pasar el rato, a ver a quién te encontrabas para pegar la hebra (también podía aparecer alguien a quien se le debía dinero), también se conspiraba. Uno de los más asiduos y comprometidos fue el poeta Carlos Álvarez. «Siempre he dicho que la primera reconciliación nacional se hizo en los cafés. En el Gijón estaban condenados a muerte, como Medardo Peraile, y condenadores jugando al parchís», evoca Pepe Esteban.

¿Y Umbral? No le caía bien Umbral a Pepe Esteban, le veía altivo con los camareros. Umbral, como tantos, se acercó al café y logró reconocimiento con las peripecias de unos y otros que tituló *La noche que llegué al Café Gijón* y que se inicia así: «La primera noche que entré en el Café Gijón puede que fuera una noche de sábado. Había humo, tertulias, un nudo de gente en pie, entre la barra y las mesas, que no podía moverse en ninguna dirección, y algunas caras vagamente conocidas, famosas, populares, a las que en aquel momento no supe poner nombre».

¿Sabía usted, lector, que el actor George Sanders también frecuentaba el Gijón? Como que se sentaba al final. «Escribió una novela policiaca y un día me acerqué a él y me la dedicó. Por aquí han desfilado… Ava Gardner. Era una belleza. Yo siempre estuve enamorado de ella porque trabajó en la película *Las troyanas*, que se rodó cerca de Sigüenza. Allí estaban ella y Katherine Hepburn y no sé quién más [Irene Papas y Vanesa Redgrave, la cinta se estrenó en 1971]».

Escritores, pintores y artistas como George Sanders y Ava Gardner han desfilado por el café

«Más que golfos, en el Gijón había borrachos. Las borracheras las produce la vanidad», dice Esteban